

## FREUD, FERENCZI, Y LA CASA DE ROSMER: TRIÁNGULOS INCESTUOSOS Y EL TERCERO ANALÍTICO<sup>(\*)</sup>.

Peter L. Rudnytsky <sup>(\*\*)</sup>

### RESUMEN

Utilizando una teoría de campo de la comunicación inconsciente, y en particular el concepto del tercero analítico, este artículo sitúa la interpretación de Freud de la Casa de Rosmer o El legado de los Rosmer (Rosmersholm) de Ibsen de 1886, presentado en la sección de su ensayo “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” (1916) titulado “Los que fracasan cuando triunfa”, en el contexto de su relación con Ferenczi. Tanto en su interpretación del *Rosmersholm* como en sus trabajos anteriores sobre la psicología del amor, tal como se argumenta, se puede ver a Freud comentando tanto sobre el triángulo amoroso incestuoso de Ferenczi con Gizella y Elma Pálos como sobre su triángulo igualmente incestuoso con Martha y Minna Bernays. En una posdata, se evalúa el desafío que Groddeck ofrece a la lectura edípica del Rosmersholm que hace Freud.

**PALABRAS CLAVE:** historia del psicoanálisis; comunicación inconsciente; Ibsen; Groddeck; Minna Bernays.

### SUMMARY

Utilizing a field theory of unconscious communication, and in particular the concept of the analytic third, this paper situates Freud's interpretation of Ibsen's 1886 Rosmersholm, presented in the section of his essay “Some Character-Types Met with in Psycho-Analytic Work” (1916) entitled “Those Wrecked by Success,” in the context of his relationship with Ferenczi. Both in his interpretation of Rosmersholm and in his earlier papers on the psychology of love, it is argued, Freud may be seen to commenting both on Ferenczi's incestuous love triangle with Gizella and Elma Pálos and on his equally incestuous triangle with Martha and Minna Bernays. In a postscript, the challenge offered by Groddeck to Freud's oedipal reading of Rosmersholm is assessed.

**KEY WORDS:** history of psychoanalysis; unconscious communication; Ibsen; Groddeck; Minna Bernays.

“Mis pensamientos fluyen hacia lo inconmensurable”.  
Ferenczi, “El sueño del pesario oclusivo” (1915a, p. 310)

Desde que Freud reconoció tardíamente en el prefacio de la segunda edición de *La interpretación de los sueños*, publicada en 1909, que su libro tenía un “significado subjetivo adicional” y que era una “parte de mi propio autoanálisis” (1900, p. xxvi), la noción de que los escritos analíticos poseen inevitablemente una dimensión autobiográfica latente, la cual que resuena en un complejo contrapunto con su argumento teórico manifiesto, difícilmente puede ser considerado controversial.

En el presente artículo, me gustaría extender este enfoque a la lectura de textos analíticos de una manera que esté en consonancia con una perspectiva que se ha vuelto cada vez más influyente en la práctica clínica. Como tantas veces, el inicio de lo que parece ser lo más moderno en psicoanálisis se puede encontrar en

el trabajo de Ferenczi, quien, en 1915, introdujo el concepto de “*Diálogos del Inconsciente*”, en el que “los inconscientes de dos personas se comprenden completamente a sí mismo y entre sí, sin la más remota concepción de aquello por parte de la conciencia de uno u otro” (1915b, p. 109). Esta noción evocadora en sí adquiere un significado intersubjetivo -o intersíquico- cuando Ferenczi la usa nuevamente en su carta del 25 de diciembre de 1917 a Freud, en la que Ferenczi explica cómo llegó a una “comprensión correcta” de una historia que acababa de contarle a su amada, Gizella Pálos, sobre una paciente que se suicidó a través de un “diálogo de inconscientes” que “comenzó con la reacción de Frau G. a mi depresión con un sentimiento de malestar definido” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, p. 254). En el idioma contemporáneo, esta *teoría de campo* de la comunicación inconsciente está estrechamente asociada con lo que se conoce como el “tercero analítico”, definido por Thomas Ogden (1995) como “un tercer sujeto creado por la interacción inconsciente del analista y el analizado” (p. 697), cuya realidad co-construida genera a su vez las identidades de ambos miembros de la díada en evolución. Otra iteración valiosa de este tema es lo que Samuel Gerson (2004) ha denominado un “*inconsciente relacional*”, que surge de la “influencia recíproca y mutua de las mentes inconscientes entre sí”, y -en una formulación especialmente pertinente para los conflictos surgidos a lo largo de la vida entre Freud y Ferenczi- lleva consigo el corolario de que “la singularidad de cada relación se debe en gran parte a su mezcla singular de lo permitido y lo prohibido, una mezcla que se forma a partir de los elementos individuales conscientes e inconscientes de cada miembro, pero que los trasciende”. (p. 71).

Mi tesis, en resumen, es que la interpretación del *Rosmersholm* de Ibsen (1886) establecida por Freud en “Los que fracasan cuando triunfan”, una sección de su artículo “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, -publicado en 1916, entre los usos públicos y privados de Ferenczi de la frase “diálogo(s) del inconsciente”- nos permite leer no sólo la tragedia de Ibsen, filtrada a través de la lente de Freud, sino también los artículos anteriores de Freud sobre la psicología del amor como “terceros analíticos” que surgen del campo de fuerza activado por la interacción entre el triángulo amoroso incestuoso de Ferenczi que involucra a Gizella Pálos y su hija Elma, en el que el propio Freud estaba profundamente implicado, y el propio triángulo amoroso clandestino pero igualmente incestuoso de Freud con su esposa Martha y su hermana menor Minna Bernays.

A modo de antecedentes, cabe señalar que tanto Ferenczi como Freud mostraron un gran interés por Ibsen desde el comienzo de su relación, tal como lo demuestra la carta de Ferenczi del 17 de julio de 1908, en la que le informa a Freud: “Mi próximo proyecto será un comentario sobre las obras de Ibsen a la luz de su psicología”, nombrando expresamente *La dama del mar* (1888), y continúa: “Antes de conocer su obra nunca entendí completamente a Ibsen” (Freud y Ferenczi, 1908-1914, p. 16). Dos años más tarde, el 16 de febrero de 1910, Ferenczi comparó a uno de sus pacientes con “el mentiroso-héroe Peer Gynt” que desea “aparecer grande a los ojos de su madre” (Freud y Ferenczi, 1908-1914, p. 141), a lo que Freud respondió de manera alentadora: “Tu libro sobre Ibsen debería aparecer algún día” (ibid., p. 146). Ferenczi nunca completó su proyecto de libro sobre Ibsen, aunque desarrolló su interpretación de *La dama del mar* en su artículo “Sugerencia y psicoanálisis”, escrito en 1912, un año que fue culminante no solo en la vida de Ferenczi sino también en la relación de Freud con Jung y, por lo tanto, para el movimiento psicoanalítico en su conjunto.<sup>1</sup>

Aunque Ferenczi no tomó a Elma Pálos en análisis hasta julio de 1911, cuando la situación llegó a un punto crítico a fines de ese año, él había estado involucrado sexualmente con su madre, la aún casada Gizella, una mujer ocho años mayor que él, desde 1900, ocho años antes de su primer encuentro con Freud.<sup>2</sup> Así, incluso antes de que Ferenczi se enredara en un triángulo madre-hija, su vida amorosa no carecía de interés desde el punto de vista psicoanalítico. Por ello, cuando, en dos cartas de abril de 1910, Freud le informó a Ferenczi que tenía la intención de escribir sobre la “etiología materna” (Freud y Ferenczi, 1908-1914, pp. 156, 161) en lo que se convertiría en la primera de sus contribuciones a la psicología del amor, “Un especial tipo de elección de objeto hecho por los hombres” (Freud, 1910), donde emplea por primera vez el término “complejo de Edipo”, es seguro inferir no solo que Ferenczi se habría reconocido a sí mismo en el retrato, sino también que en cierta medida le había servido de modelo en la vida real.

En el momento del segundo artículo de Freud acerca del amor, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (1912), Ferenczi era un prisionero de su fatídico triángulo, y hay amplia evidencia de que reconoció la aplicabilidad del esquema de Freud a su propio caso. En este artículo, Freud se preocupa por explicar la condición de la “impotencia psíquica” (p. 179), que él atribuye al fracaso del varón para dirigir tanto “*la corriente afectiva como la sensual*” (p. 180) del amor hacia un solo objeto. Sorprendentemente, Freud amplía el concepto de impotencia para incluir a los hombres “psicanestésicos”, es decir, aquellos que “nunca fallan en el acto pero que lo llevan a cabo sin obtener ningún placer particular de ello” con sus parejas principales -“un estado de cosas”, agrega Freud deliberadamente, “que es más común de lo que uno pensaría” (pp. 184-185).

Ferenczi no solo dedicó uno de sus primeros trabajos psicoanalíticos a “La interpretación analítica y el tratamiento de la impotencia psicosexual” (1908), sino que una vez que Freud introdujo sus conceptos de “etiología materna” y la disociación entre las corrientes afectiva y sensual, Ferenczi repetidamente se hizo eco de ellas tanto en su correspondencia privada como en sus escritos publicados. En una carta a Freud del 17 de enero de 1916, por ejemplo, Ferenczi informa haber tenido un sueño sobre una pitillera hecha de oro que “no era del todo puro”, lo que interpreta como un símbolo de mujeres que son “*impuras*, en contraste con la respetable Frau G.” Ferenczi elabora: “Elma es la representante de esta serie; de ahí la gran libido (probablemente también potencia) con respecto a ella. Frau G., por otro lado, es la clara, pura -a quien a uno... no le está permitido tocar, como la madre- si uno no quiere ser castrado” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, pp. 103–104). Asimismo, en una carta del 17 de octubre de 1916, Ferenczi alude al “contraste entre ternura y sensualidad, que Ud., ha desenmascarado como síntoma de fijación materna” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, p. 145).<sup>3</sup>

Pero si los artículos de Freud sobre el amor fueron en parte inspirados por Ferenczi, y recibidos por él como comunicaciones analíticas, no se puede negar que también albergan una dimensión encubierta de “significado subjetivo adicional” para el mismo Freud. Ya en 1893, Freud le confió a Fliess que él y Martha estaban “viviendo en abstinencia” (Freud y Fliess, 1887-1904, p. 54); y aunque atribuyó esta renuncia a la intención de evitarle a su esposa otro embarazo, y en 1897 escribió resignadamente que “la excitación sexual, tampoco, es de tanta utilidad para alguien como yo” (p. 276). Freud, por lo tanto, ya no experimentaba placer en el coito con su esposa y, según su propia definición, pertenecía a la categoría de “hombres ‘psicanestésicos’”, un diagnóstico confirmado por su confesión a Emma Jung en 1911 de que su matrimonio “había sido durante mucho tiempo ‘amortizado’” (Freud y Jung, 1906-1914, p. 456). No es de sorprender que Freud atribuya la “impotencia psíquica” a “una intensa fijación incestuosa en la niñez”, aunque puede hacer que el lector se detenga cuando continúa declarando que “cualquiera que quiera ser libre y feliz en el amor debe haber superado su respeto por las mujeres y haber aceptado la idea del incesto con su madre o hermana” (1912, p. 186). A pesar de la prevalencia del incesto entre hermanos como tema en la literatura romántica, no es inmediatamente obvio por qué Freud debería haber incluido a la hermana y a la madre entre los objetos de fijación infantil. Baste decir que en otra parte (Rudnytsky, 2012) he tratado de rastrear los orígenes infantiles de la aventura de Freud con su cuñada, Minna Bernays, hasta el abuso sexual por parte de su niñera, lo que a su vez lo llevó a perpetrar actos de abuso sexual, tanto contra su hermana Anna como su media sobrina Pauline. Hace ya muchos años, además, esta frase en “Degradación” llamó la atención de Peter Swales (1982), quien la tomó como epígrafe de su artículo histórico en el que proponía su tesis de que Freud en el verano de 1900 inició una aventura amorosa con Minna, lo que probablemente la llevó a someterse a un aborto debido al embarazo resultante.

Que yo sepa, el primer y, hasta la fecha, único estudioso que ha discernido una conexión entre el *Rosmersholm* de Ibsen y las circunstancias personales de Freud es Samuel Rosenberg en su exuberante libro de investigación psicobiográfica, *Por qué Freud se desmayó* (1978). Escribiendo en la era anterior a Swales, Rosenberg cita con aprobación al difunto Paul Roazen, quien postuló que “Freud parecía tener una división en su vida amorosa, su sexualidad permanecía con Martha y su compromiso espiritual se trasladaba a Minna” (citado en p. 151). Aunque Roazen lo entendió al revés, ya que fue Minna quien se convirtió en el objeto de la pasión sexual de Freud, mientras que su relación con Martha llegó a presagiar

lo “espiritual”, Roazen pone de manifiesto cómo la descripción de Freud de la tendencia en el hombre a polarizar lo afectivo y las corrientes eróticas del deseo se aplican tanto a él mismo como a Ferenczi. Al registrar sus pensamientos sobre su visita a Berggasse 19 en Viena, Rosenberg reflexiona que Freud parece “haber vuelto a representar la situación básica del Rosmersholm de Ibsen, o la casa de Rosmer -sin el final trágico-, aquí mismo en esta casa... con su cuñada, la señorita Minna Bernays”, quien, en 1896, 10 años después de la muerte de su prometido, Ignaz Schönberg, “se mudó con los Freud para ser, como [la heroína de Ibsen] ‘Rebecca West’<sup>4</sup>... una compañera ‘espiritual’ de Freud, desplazando a su hermana” (p. 149; puntos suspensivos iniciales en el original).

Rosenberg (1978) no desarrolla esta comparación en detalle, aunque cita la crítica de Ernest Jones a “la leyenda maliciosa y completamente falsa de que [Minna] desplazó a la esposa [de Freud] en sus afectos”, y señala pertinentemente que “la misma ‘leyenda maliciosa y completamente falsa’ afectó a Rosmer y Rebecca West” (p. 150). De hecho, en la obra de Ibsen, el periodista incendiario Peder Mortensgaard informa haber recibido una carta de la difunta esposa de Rosmer en la que protestaba diciendo que “si llego a enterarme de algo pecaminoso que sucede en el *Rosmersholm*, no debo creer nada de ese tipo”, y que “ella no sabe de ninguna relación pecaminosa en el Rosmersholm” (Ibsen, 1886, pp. 71–72).

Una vez que uno se embarca en la lectura de la tragedia de Ibsen como una alegoría del triángulo Freud-Martha-Minna, uno puede fácilmente extender los paralelos más allá de lo que Rosenberg fue capaz de llevarlos. Es, por ejemplo, fácil imaginar a Freud diciéndole a Minna, como Rosmer le dijo a Rebekka West: “Sigo luchando con la pregunta de si los dos no nos estábamos engañando a nosotros mismos todo el tiempo, cuando llamamos a nuestra relación amistad” (1886, p. p. 87), o para aplicar a Martha Freud lo que Rosmer dice de su difunta esposa Beate: “Ella debe haber notado lo feliz que comencé a sentirme desde el momento en que viniste aquí” (p. 75). Ciertamente, a la luz de la notoria bitácora de un hotel suizo en la que Freud en 1898 registró a Minna Bernays como su esposa (Maciejewski, 2006), no hace falta mucha imaginación para imputar a Freud las palabras de Rosmer: “Puedo imaginar que tarde o temprano nuestra buena y clara relación podría ser malinterpretada y sospechosa.... Oh, sí, Rebekka, tengo suficientes motivos para ello, cuando oculté tan celosamente nuestra relación. Era un secreto peligroso” (p. 74). Y si se acepta la reconstrucción de Swales de que Minna tuvo que ser enviada al balneario de Meran para someterse a un aborto tras la consumación de su romance con Freud, no puede ser intrascendente que Rebekka parece haber llevado a Beate al suicidio haciéndola creer, en palabras del cuñado de Rosmer, el director Kroll, “que era necesario -por tu bien y el de Rosmer, que te fueras a otro lugar- lo antes posible” (p. 99), inequívocamente con el propósito de terminar un embarazo.

La interpretación de Freud del *Rosmersholm* en “Tipos de Carácter” es una de sus piezas de crítica literaria más brillantes y retóricamente exitosas. Monta un caso poderoso en apoyo de su tesis de que “el enigma del comportamiento de Rebekka es susceptible de una sola solución” (1916a, p. 328), a saber, que Rebekka no se da cuenta de que el Dr. West, a quien ella había creído ser su padre adoptivo y con quien había tenido una relación amorosa antes de su llegada a Rosmersholm, era en realidad su padre biológico hasta que el Director Kroll le informa de esta circunstancia, aunque Kroll por su parte desconoce su relación con el Dr. West. Según Freud, es la culpa derivada del cumplimiento de los deseos prohibidos del complejo de Edipo, incluso antes de saber conscientemente que el Dr. West es su padre, lo que impulsa a Rebekka a repetir sus acciones en Rosmersholm al “deshacerse de la esposa y madre, para que ella pueda tomar su lugar con el esposo y padre” (p. 330), pero luego también lo que la lleva a rechazar la propuesta de matrimonio de Rosmer cuando tiene el premio de la victoria a su alcance, antes de llevarla a ella y a Rosmer a terminar la trama en un doble suicidio en cual logran su unión tabú y se infligen a sí mismos el castigo digno por sus transgresiones<sup>5</sup>.

En contraste con *Hamlet*, donde la jactancia de Freud de que el conflicto subyacente “está tan efectivamente oculto que me quedó a mí el desenterrarlo” (1906, p. 310) algo que ha sido rotundamente denunciado por los estudiosos de la literatura como presuntuoso; cuando se trata del *Rosmersholm* parece mucho más plausible que debería haber “una sola solución” al misterio de las motivaciones de Rebekka West, en cuyo caso se puede decir que la interpretación edípica de Freud ha descubierto el diseño oculto de la obra de

Ibsen.<sup>6</sup> Que Freud parece haber dado en el blanco con la tragedia de Ibsen donde no la tuvo con la de Shakespeare se debe sobre todo a que comparten la misma cultura de finales del siglo XIX, por no hablar de que el noruego, a pesar de ser el mayor dramaturgo moderno, sigue estando muy lejos de Shakespeare. Poco antes del famoso pasaje en el que une a *Edipo rey* y *Hamlet*, en el capítulo 5 de *La interpretación de los sueños* (1900), Freud revela su propia nostalgia por el patriarcado cuando comenta: “En nuestra sociedad actual, los padres tienden a aferrarse desesperadamente a lo que queda de una *potestas patris familias* ahora tristemente anticuada; y un autor que, como Ibsen, destaca en sus escritos la lucha inmemorial entre padres e hijos puede estar seguro de producir su efecto” (p. 257)

A vista de pájaro, no es difícil ver a Johannes Rosmer, el ex pastor conflictuado entre sus aspiraciones radicales de libre pensador y de amor libre, por un lado, y su esclavitud por las cadenas del deber y la tradición, por el otro, como sustituto de Freud, cuya bohemia interior se expresaba en su amor ilícito por Minna, mientras que su fachada exterior de respetabilidad burguesa se mantenía gracias a su matrimonio con Martha. Freud termina “Los que fracasan cuando triunfan” señalando con qué frecuencia “una muchacha que entra en una casa como sirvienta, compañera o institutriz tejerá consciente o inconscientemente un sueño, que deriva del complejo de Edipo, de la desaparición del ama de casa y al patrón tomando a la recién llegada en el lugar de su esposa”, llamando a el *Rosmersholm* “la mayor obra de arte de la categoría que trata sobre esta fantasía común en las niñas” (1916a, b, pp. 330–331). En una nota editorial a pie de página, James Strachey remite al lector al caso de la señorita Lucy R. en *Estudios sobre la histeria*, la institutriz a quien Freud transmitió confiadamente la interpretación de que “realmente estás enamorada de tu empleador, el Director, aunque quizás sin ser del todo consciente de ello, y de que tienes una esperanza secreta de tomar el lugar de su madre en la realidad” (Breuer y Freud, 1895, p. 117). Pero Strachey también, habría podido acreditar con la misma facilidad, a Fräulein Elisabeth von R., quien languidecía de amor por su cuñado, y que convirtió en síntomas somáticos el pensamiento reprimido que atravesó su mente al enterarse de que su amada hermana había muerto: “Ahora él es libre de nuevo y puedo ser su esposa” (pp. 156-157). Si Freud encuentra un doble en Rosmer, ella es seguramente Minna Bernays, quien era a la vez compañera, institutriz y cuñada, constituyendo el prototipo de esas mujeres jóvenes cuya “fantasía común” recibe su expresión artística consumada en el *Rosmersholm*<sup>7</sup>.

¿Y sobre Ferenczi? Como he señalado, parece que Rebekka indujo a Beate a lanzarse a la muerte al torrente del molino haciéndole creer que ella, estaba fértil, y necesitaba desaparecer temporalmente para abortar el hijo que había concebido con Rosmer; ella también había manipulado a la desventurada mujer para que leyera un libro de medicina que sostenía que el propósito del matrimonio era la generación de niños, lo que provocó que Beate, en palabras de Rebekka, tuviera “fijo en su mente que ella -como esposa sin hijos- no tenía derecho a estar aquí” (Ibsen, 1886, p. 99). Gizella Pálos no carecía de hijos, pero desde la perspectiva de Ferenczi, un aspecto clave de su atracción por Elma era la posibilidad de que la mujer más joven pudiera tener hijos para él, lo que Gizella ya no podía hacer. Como escribió Ferenczi a Freud el 18 de noviembre de 1917, estaba perturbado por “los signos inconfundibles de la edad en los rasgos y formas faciales de Gizella” y por “la desesperanza del matrimonio sin hijos” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, p. 246).

Un parecido aún más profundo entre la obra de Ibsen y el triángulo de Ferenczi con Gizella y Elma Pálos lo proporciona la prehistoria de la relación de Rebekka West con el hombre que demuestra ser no solo su padre adoptivo sino también su padre biológico. Comenzando con la aparición simbólica de los caballos blancos, que representan en primera instancia el trauma de la muerte de Beate y, más en general, la mano muerta del pasado que estrangula a todos en *Rosmersholm*, toda la obra puede considerarse como la manifestación de una neurosis de transferencia en la cual los secretos reprimidos del pasado, tanto consciente como inconsciente, se recrean con objetos sustitutos en el presente. Para Rebekka, en la lectura de Freud, el cumplimiento de su deseo de muerte contra Beate, que constituye el telón de fondo inmediato de la obra, constituye una repetición de su victoria en el campo de batalla edípico primigenio, y por tanto es incapaz de aceptar la propuesta de Rosmer de poner a Beate “fuera de la historia” definitivamente al asumir su lugar vacante y convertirse en “la única esposa que he tenido” (Ibsen, 1886, p. 78). Como resume Freud (1916a) en el eje de su interpretación, “diremos que ella [Rebekka] no pudo dejar de tener alguna vislumbre de la

relación íntima entre su madre y el doctor West. Por fuerza ha de haberle causado una gran impresión el convertirse en la sucesora de la madre junto a ese hombre” (pp. 329–330).).

La historia de fondo del *Rosmersholm* se corresponde estrechamente con el triángulo Ferenczi-Gizella-Elma, visto desde el punto de vista de Elma, con Ferenczi en lugar del padre de Elma. Las cualidades literarias del embrollo de Ferenczi no pasaron desapercibidas para Freud, quien amonestó a su discípulo el 17 de diciembre de 1911: “si hubiera sido el caso de que la niña se hubiera enamorado del joven amigo de su madre, suspirando por él, y sufriendo en el proceso hasta que los otros dos descubrieron el secreto, hubiera sido una hermosa novela con una conclusión conmovedora” (Freud y Ferenczi, 1908–1914, p. 320). Tal como estaban las cosas, sin embargo, Freud se preguntó, en una anticipación casi literal de su análisis de Rebekka West: “¿Se quiere construir esta alianza de por vida ocultando el hecho de que el hombre ha sido el amante de su madre en el sentido más pleno de la palabra? ¿Y se puede confiar en que ella lo tomará bien y lo superará de manera superior cuando lo sepa? Eso requiere un alto grado de libertad mental, no una muestra de infantilismo” (pp. 320-321).

Al igual que Rebekka West, Elma “se convirtió en la sucesora de su madre” con Ferenczi, e incluso en ese momento “no podía dejar de tener algún atisbo de la relación íntima entre su madre” y el hombre del que ella misma se había enamorado, que ahora también era su psicoanalista. Es característico que Freud evalúe la situación de una manera desprovista de escrúpulos éticos. Aunque ejerció una presión incesante sobre Ferenczi para que renunciara a Elma en favor de Gizella, por sin duda motivos inconscientes sobredeterminados, él en su carta del 17 de diciembre de 1911 se concentra en la cuestión puramente pragmática de si Elma poseía la “libertad mental” para superar su sentimiento de culpa de una “manera superior” (p. 321) al heredar al amante de su madre sin ser “arruinada por el éxito” en el proceso.

¿Recordó Freud su carta a Ferenczi cuando avanzó su interpretación del *Rosmersholm* en “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”? ¿Era consciente del isomorfismo entre los triángulos incestuosos de la obra de Ibsen y los de la vida de Ferenczi y la suya propia? Ferenczi explícitamente reconoció la aplicabilidad del análisis de Freud del “contraste entre la ternura y la sensualidad”, y su derivación desde una “fijación materna”, a su propio caso; pero sobre el resto, incluido el grado en que Freud habría respaldado mis excavaciones de un “significado subjetivo adicional” en sus artículos sobre la psicología del amor, debemos recurrir a la especulación. En palabras de Ferenczi que he tomado como epígrafe, “Mis pensamientos fluyen hacia lo inconmensurable”.

Sin embargo, en el espíritu de Ferenczi, en el cual la creencia en la posibilidad de “diálogos del inconsciente” puede extenderse a la transferencia del pensamiento e incluso a la telepatía, llegamos a esta conclusión al revisar el caso sobre el cual había usado esta frase en su carta a Freud del 25 de diciembre de 1917, tal como lo explica detalladamente en una carta de cinco días antes. Resulta que la paciente cuyo suicidio indujo una depresión en Ferenczi, que a su vez provocó “un sentimiento de malestar definitivo” en Gizella cuando le contó la historia, era en su mente un sustituto contratransferencial de Elma Pálos, a quien Ferenczi había renunciado por instigación de Freud. En efecto, Ferenczi afirma que esta mujer “muy pobre”, por cuya “juventud y encanto” estaba “encantado”, era “la repetición del caso de Elma” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, p. 253). Durante un “período de vacilación con respecto a Frau G.”, Ferenczi “dio paso a un beso” con esta chica, quien posteriormente “exigió con vehemencia un análisis”, que “se aplanó cada vez más” hasta que la paciente lo suspendió.

Después de un paréntesis considerable, la joven volvió a acercarse a Ferenczi escribiendo “una carta desesperada” porque “su cuñado (que años atrás había sido su ideal y también quería tocarla sexualmente) se pegó un tiro” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, pág. 253). Ella le pidió retomar el análisis, diciendo que “no podía amar”, e incluso le dijo a Ferenczi que quería pegarse un tiro con un revólver que había comprado, pero aun así él la desanimó. Luego, una semana después de que la vio por última vez, Ferenczi fue visitado por la hermana de la paciente, quien le informó que efectivamente se había suicidado, el día de su última visita.

Durante su conversación, esta hermana, que “parecía estar iniciada hasta cierto punto”, primero le preguntó a Ferenczi, con lo que él llama “una idea distorsionada de la realidad”, si su hermana -la paciente de Ferenczi- “no murió porque yo le había ‘sugerido’ que había estado enamorada de su cuñado” (Freud

y Ferenczi, 1914-1919, p. 253), el marido de la mujer a la que ahora Ferenczi estaba hablando, y quien se había suicidado no hace mucho tiempo. “Pero entonces”, en un giro final, dijo la hermana de la difunta, “muy repentinamente, ella sabía que su hermana había muerto solo debido a que había estado enamorada de mí”, y “que como yo no la amaba, se fue a su muerte.” Ferenczi concluye su carta diciéndole a Freud: “el caso me deprime extraordinariamente”, pero considera que es un “signo de salud” haber podido mantener la compostura frente a esta visitante que era “portadora de malas noticias”.

Si reflexionamos sobre esta carta en el contexto de la relación Freud-Ferenczi, se vuelve verdaderamente extraño ver cómo la misma paciente que para Ferenczi es un sustituto de Elma está emocional y sexualmente involucrada con su cuñado y, por lo tanto, está simultáneamente en la posición de Minna Bernays para Freud. Así, como ocurre con Rebekka West en el *Rosmersholm*, el caso de esta mujer trágica condensa de manera onírica los triángulos incestuosos de ambos analistas y adquiere nuevas e inquietantes resonancias cuando se lee como parte de sus diálogos de inconscientes. Después de todo, es solo a través de la bruma de un sueño que Ferenczi, en su carta del 26 de diciembre de 1912, es capaz de vislumbrar el “pensamiento infantil” de que sus propios “deseos sexuales prohibidos” por Elma encuentran una contrapartida -y por lo tanto una justificación- en el “*voyage de lit-à-lit*” de Freud con Minna en Italia (Freud y Ferenczi, 1908-1914, p. 453).<sup>8</sup> Que Ferenczi se sintiese obligado a negar su conocimiento del asunto de Freud ejemplifica lo que Gerson ha llamado “la mezcla singular de lo permitido y lo prohibido” que gobierna el “*inconsciente relacional*” creado por la “recíproca y mutua influencia” de su mente inconsciente y de la de Freud (Gerson, 2004, p. 71).

Como ha sido mi objetivo ilustrar que la interpretación de Freud del *Rosmersholm*, así como los artículos sobre el amor, pueden leerse no simplemente como fragmentos de una confesión autobiográfica sino también como tercios analíticos que surgen de una matriz intersíquica, lo mismo puede decirse del presente ensayo. En su distintiva inflexión italiana de la tendencia contemporánea hacia una teoría intersubjetiva de la práctica analítica, inspirada sobre todo por Bion, Antonino Ferro (2006) ha propuesto que “escuchar la comunicación como un ‘derivado narrativo’ del sueño del campo en ese instante constituiría por así decirlo el estatuto psicoanalítico específico del encuentro”, y todos los personajes mencionados en una sesión deberían ser considerados como “incluidos en el campo y generados por él” (pp. 159, 67). Si escuchamos a Ferro, entonces este “derivado narrativo” de mi sueño de Freud, Ferenczi y el *Rosmersholm* solo puede cobrar vida si se convierte verdaderamente en una experiencia compartida y, por lo tanto, también en su sueño.

## POSTDATA

### **Groddeck contra Freud en el *Rosmersholm***

Aunque hemos visto cuán convincente es la afirmación de Freud de que “el enigma del comportamiento de Rebekka es susceptible de una sola solución”, un inesperado desafío a su interpretación del *Rosmersholm* se ofreció desde los márgenes del movimiento psicoanalítico en la persona de Georg Groddeck.<sup>9</sup> Especialmente a la luz de la importancia de la amistad de Groddeck con Ferenczi a partir de la década de 1920 a medida que se alejaba cada vez más de Freud, una descripción del campo intersubjetivo en el que se inserta el ensayo de Freud sobre los tipos de carácter no estaría completa sin hacer un balance de la opinión disidente de Groddeck.

Al principio de su correspondencia, evidentemente en respuesta a la lectura del ensayo de Freud, Groddeck debe haber enviado a Freud su artículo de 1910, “Rebekka West (¿Tragedia o comedia?)”, escrito (junto con un artículo sobre el personaje de Nora en *Casa de muñecas*) durante su período prepsicoanalítico, porque en su carta del 28 de octubre de 1917, después de discutir la obra con Hanns Sachs, Freud le informa a Groddeck: “Estamos de acuerdo en que no podemos ceder ante Ud. Todo parece hablar en contra de la idea de que la confesión de Rebekka West es ficticia” (Schacht, 1977, p. 44). Como indica la respuesta de Freud, la exégesis de la obra de Groddeck (1910) se basa en una serie de proposiciones aparentemente bastante dudosas: que Rebekka no quiere casarse con Rosmer, sino solo ennoblecerlo animándolo a cruzar la pasarela que ha estado evitando fóbicamente desde que su esposa saltó de ella al torrente del río; que Rebekka “no tiene nada que ver con la muerte de Beate”; y que es en realidad la esposa de Kroll quien llevó a Beate al suicidio porque fue ella quien convenció a la mujer sin hijos de que el propósito del matrimonio es la procreación de hijos (pp. 113, 118, 120). Citando el discurso en el que Rebekka hace su confesión a

Kroll y Rosmer, donde admite que “quería que Beate se fuera” pero “nunca creyó que sucedería, de todos modos”, y por lo tanto no podía escuchar la voz que gritaba dentro de ella “¡Ni un paso más allá!” hasta que ella provocó el hecho fatal (Ibsen, 1886, p. 100), Freud ofrece el contraargumento de que “la emoción honesta del pasaje” habla en contra de que sea una artimaña por parte de Rebekka (Schacht, 1977, p. 44). Es más, añade, “Hacer que Rosmer cruce el puente es el símbolo de un objetivo y no en sí mismo un objetivo por el cual uno podría dar la vida” (p. 44).

A pesar de la fuerza de las objeciones de Freud, sin embargo, la lectura de Groddeck llama la atención sobre algunos detalles discretos del texto y los une de una manera que los imbuye de significado. Sobre todo, subraya que Rebekka escucha a escondidas las conversaciones de Rosmer primero con Kroll y luego con Mortensgaard, en las que se habla de la desesperación de Beate por no tener hijos y el deseo de poner fin a su propia vida para que Rosmer pueda casarse con Rebekka. Esto explicaría cómo Rebekka fue capaz de construir su falsa confesión, que Groddeck interpreta como su intento de liberar a Rosmer de su sentimiento de culpa por la muerte de su esposa para que pueda superar su inhibición con respecto al puente peatonal y demostrar que es digno de la adoración esencialmente femenina de Rebekka. También está el punto de que el ama de llaves, la Sra. Helseth, le informa a Rebekka que fue la esposa de Kroll quien había llevado a Beate a creer “algo terrible” (Ibsen, 1886, p. 83) lo que precipitó su muerte; y la propia Rebekka refuta las insinuaciones de Kroll contra ella diciendo que las había obtenido de su esposa (p. 90). En el análisis de Groddeck, la obra de Ibsen es implacablemente irónica porque, en primer lugar, el autosacrificio de Rebekka resulta ser en vano ya que Rosmer permanece paralizado por el espíritu de su hogar ancestral; y, segundo, cuando Rebekka finalmente logra persuadirlo para que se una a ella en un doble suicidio en la pasarela, “ella muere alegre, feliz, muere en la ilusión de haber alcanzado su meta” (Groddeck, 1910, p. 122), mientras que en realidad Rosmer permanece tan lejos de la nobleza espiritual al final de la obra como lo estaba al principio.

Tras una inspección más cercana, por lo tanto, la lectura de Groddeck no es tan descabellada como parece a primera vista, y ciertamente merece ser tomada en serio. En su respuesta de noviembre de 1917 a la crítica de Freud, Groddeck se contenta con observar: “Así que no ha cambiado sus puntos de vista sobre Rebekka West”, y agrega que “simplemente tiene curiosidad por saber” cómo explicaría Freud las escuchas de Rebekka y el papel de la esposa de Kroll (Schacht, 1977, p. 44). Groddeck, en su ensayo, había reconocido que la revelación de Kroll a Rebekka sobre su paternidad la abrumba con la idea de que había vivido en el incesto. Por lo tanto, puede asegurar a Freud: “En mi opinión, el nervio vital de la obra no se ve alterado por mi interpretación, toda la obra simplemente aparece bajo una nueva luz y el patetismo se transforma en ironía dramática”. Ibsen, reitera, “estaba profundamente familiarizado con la risa silenciosa del ironista”, y pretendía dejarnos a la vez llorando y riendo por el absurdo de que “una mujer espléndida como Rebekka pudiera perecer a causa del medio del *Rosmersholm* y un ‘noble ser humano’” (p. 45).

Freud, desafortunadamente, nunca respondió a la elaboración de Groddeck de sus ideas sobre el *Rosmersholm* o a sus preguntas sobre cómo explicaría Freud las características de la obra sobre las que le había llamado la atención. La siguiente carta de su correspondencia no llega hasta casi 2 años, cuando, el 19 de octubre de 1919, Groddeck le envió a Freud el manuscrito de su “novela psicoanalítica” (Schacht, 1977, p. 45), que se publicó en 1921 como *El buscador de Almas*, e Ibsen no se vuelve a mencionar en su diálogo epistolar. Parece probable que las opiniones de Freud se mantuvieran inalteradas, o que simplemente no sintiera la necesidad de seguir considerando los comentarios de Groddeck cuando ya había resuelto el misterio de la obra de Ibsen.

Como señaló Groddeck, el “nervio vital de la obra” “no se ve alterado” por su interpretación, que de hecho es compatible en muchos aspectos con la de Freud. Ya sea que Rebekka West haya sido o no la mente maestra de la muerte de Beate, y ya sea que deseara casarse con Rosmer o simplemente vivir con él en una unión espiritual exaltada, en ambos casos es una mujer cuyas acciones presentes están dictadas por el pasado, incluido el estigma de su nacimiento ilegítimo, su romance con el Dr. West y el descubrimiento de que el Dr. West es su padre biológico. La principal diferencia entre las dos interpretaciones es que, para Freud, Rebekka está representando un guion predeterminado escrito por sus deseos y fantasías inconscientes -el escenario edípico que es el destino universal de la humanidad- mientras que para Groddeck sus acciones son mucho más idiosincrásicas y comprensibles. a



la luz de sus experiencias reales, no solo sus traumas pasados sino también las revelaciones impredecibles que suceden en el transcurso de la obra. Desde esta perspectiva, las interpretaciones del *Rosmersholm* que ofrecen Freud y Groddeck, en lugar de ser compatibles, son a la vez complementarias e incompatibles, como la famosa ilusión del perfil del jarrón utilizada por el psicólogo danés Edgar Rubin para ilustrar el papel del observador en la clasificación de los paradojas de la percepción figura-fondo.

En un nivel más profundo, el desafío planteado por Groddeck a Freud tiene que ver con si alguna vez está justificado afirmar, como lo hizo Freud, que hay “una sola solución” para el enigma de una obra de arte, ya sea una obra maestra suprema como *Hamlet* o incluso una obra menor pero aun así grandiosa como el *Rosmersholm*. Para Groddeck, en cambio, no hay una respuesta definitiva y siempre hay algo más que aprender de cada encuentro con un texto: “He encontrado que con los escritos de Ibsen que uno siempre se encuentra con nuevos problemas, tanto estéticos como psicoanalíticos, con cada nueva lectura” (Schacht, 1977, p. 44). El mismo debate que surgió de manera incipiente entre Freud y Groddeck al comienzo de su correspondencia se reavivó una década más tarde debido a mayores apuestas sobre el concepto del Ello, que Freud reconoció apropiarse de Groddeck, pero que los dos hombres desplegaron con fines radicalmente diferentes. Al atreverse a expresar su permanente lealtad a Freud mediante su disposición a estar en desacuerdo con él en aspectos fundamentales, Groddeck fue el compañero de armas indispensable de Ferenczi, y es esta postura revisionista la que los ha convertido en los dos precursores más importantes del psicoanálisis contemporáneo. ¿Puede ser un accidente que Groddeck, siempre el ironista que ríe en silencio, haya firmado sus cartas en *EL Libro del Ello* (1923) “Patrik Troll”, en honor al héroe de *Peer Gynt* de Ibsen (1867)?<sup>10</sup>

## REFERENCIAS

- Berman, E. (2004). Sándor, Gizella, Elma: A biographical journey. *International Journal of Psychoanalysis*, 85(2), 489–520.
- Breuer, J. & Freud, S. (1895). Studies on hysteria. Standard Edition (Vol. 2, pp.1–323). London: Hogarth.
- Falzeder, E. (1997). Dreaming of Freud: Ferenczi, Freud, and an analysis without end. *Psychoanalytic Inquiry*, 17(4), 416–427.
- Ferenczi, S. (1908 [1956]). The analytic interpretation and treatment of psychosexual impotence. In E. Jones (Trans.) *Sex in psychoanalysis [Contributions to psychoanalysis]* (pp. 11–34). New York: Dover.
- Ferenczi, S. (1912 [1994]). Suggestion and psychoanalysis. In *Further contributions to the theory and technique of psychoanalysis* (pp. 55–68). London: Karnac.
- Ferenczi, S. (1915a [1994]). The dream of the occlusive pessary. In *Further contributions to the theory and technique of psychoanalysis* (pp. 304–311). London: Karnac.
- Ferenczi, S. (1915b [1994]). Psychogenic anomalies of voice production. In *Further contributions to the theory and technique of psychoanalysis* (pp. 105–109). London: Karnac.
- Ferro, A. (2006 [2009]). *Mind works: Technique and creativity in psychoanalysis* P. Slotkin (Trans.). London: Routledge.
- Freud, S. (1900). The interpretation of dreams. Standard Edition (Vols. 4 and 5, pp. 1–626). London: Hogarth.
- Freud, S. (1906). Psychopathic characters on the stage. Standard Edition (Vol. 7, pp. 305–310). London: Hogarth.
- Freud, S. (1910). A special type of choice of object made by men. Standard Edition (Vol. 11, pp. 165–175). London: Hogarth.
- Freud, S. (1912). On the universal tendency to debasement in the sphere of love. Standard Edition (Vol. 11, pp. 179–190). London: Hogarth.
- Freud, S. (1916a). Some character-types met with in psycho-analytic work. Standard Edition (Vol. 14, pp. 311–333). London: Hogarth.
- Freud, S. (1916b). Einige charactertypen aus der pschyhoanalytischer Arbeit. *Gesammelte Werke*, X, 364–391.
- Freud, S. & Ferenczi, S. (1908–1914 [1993]). The correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi. Volume 1: 1908–1914. In E. Brabant, E. Falzeder & P. Giampieri-Deutsch (Eds.) P.T.Hoffer (Trans.). Cambridge, MA & London, England: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Freud, S. & Ferenczi, S. (1914–1919 [1996]). The correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi

- Volume 2: 1914–1919. In E. Falzeder & E. Brabant (Eds.) with the collaboration of P. Giampieri-Deutsch. P.T.Hoffer (Trans.). Cambridge, MA & London, England: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Freud, S. & Fliess, W. (1887–1904 [1985]). The complete letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess, 1887–1904 J. M. Masson (Ed. and Trans.) Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Freud, S. & Jung, C. (1906–1914 [1974]). The Freud-Jung letters: The correspondence between Sigmund Freud and Carl Jung. W. McGuire (Ed.) R. Manheim and R.F.C. Hull (Trans.). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gerson, S. (2004). The relational unconscious: A core element of intersubjectivity, thirdness, and clinical process. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1), 63–98.
- Groddeck, G. (1910 [1964]). Rebekka West (Tragödie oder Komödie?). In E.R. von Diersburg (Ed.) *Psychoanalytische Schriften zur Literatur und Kunst [Psychoanalytic writings in art and literature]* (pp. 102–123). Wiesbaden: Limes Verlag.
- Groddeck, G. (1923 [1961]). The book of the it, V.M.E. Collins (Trans.). New York: New American Library.
- Groddeck, G. (1927 [1989]). Peer Gynt. In V.M.E. Collins (Trans.). *Exploring the unconscious*, (pp. 153–179). New York: Vision Press.
- Ibsen, H. (1867 [1974]). Peer Gynt, P.Watts (Trans.). Harmondsworth, UK: Penguin Books.
- Ibsen, H. (1886 [1975]). Rosmersholm. In *The master builder and other plays*, U. EllisFermor (Trans.) (pp. 29–119). Harmondsworth, UK: Penguin Books.
- Ibsen, H. (1888 [1974]). The lady from the sea. In *Plays* P. Watts (Trans.) (pp. 235–330). Harmondsworth, UK: Penguin Books.
- Jones, E. (1911 [1964]). On “dying together”: With special reference to Heinrich von Kleist’s suicide. In *Essays in applied psychoanalysis*, 3rd edn. 2 vols. (Vol. 1, pp. 9–15). London: Hogarth Press.
- Maciejewski, F. (2006). Freud, his wife, and his “wife”. J. Gaines, with the collaboration of P. J. Swales & J. Swales (Trans.) *American Imago*, 63(4), 497–506.
- Ogden, T. (1995). Analyzing forms of aliveness and deadness of the transferencecountertransference. *International Journal of Psychoanalysis*, 76(4), 695–709.
- Rosenberg, S. (1978). *Why Freud fainted*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Rudnytsky, P.L. (2002). *Reading psychoanalysis: Freud, Rank, Ferenczi, Groddeck*. Ithaca: Cornell University Press.
- Rudnytsky, P.L. (2011). *Rescuing psychoanalysis from Freud and other essays in revision*. London: Karnac.
- Rudnytsky, P.L. (2012). *The etiology of psychoanalysis: Freud’s abuser, sibling incest, and the affair with Minna Bernays*. Unpublished manuscript.
- Schacht, L. (Ed.) (1977). *The meaning of illness: Selected psychoanalytic writings, by Georg Groddeck. (Including his correspondence with Sigmund Freud.)*. London: Maresfield Library.
- Swales, P.J. (1982). Freud, Minna Bernays, and the conquest of Rome: New light on the origins of psychoanalysis. *New American Review*, 1(Spring/Summer), 1–23.

(\*) Una versión de este documento se presentó en la Conferencia Internacional Ferenczi, Faces of Trauma, en Budapest, del 31 de mayo al 3 de junio de 2012.

(\*\*) Ph. D., L.C.S.W., Profesor de Inglés, Universidad de Florida; Instituto Psicoanalítico de Florida; Miembro Correspondiente, Instituto de Psicoanálisis Contemporáneo, Los Ángeles.

Correspondencia: Peter L. Rudnytsky, Ph.D., L.C.S.W., 408 W. University Ave, Suite

**Publicado en:** *The American Journal of Psychoanalysis*, 2013, 73, (323–338) © 2013 Association for the Advancement of Psychoanalysis 0002-9548/13

*Volver a Artículos sobre Ferenczi*  
*Volver a Newsletter 19-ALSF*

## Notas al final

- 1.- Como todos los demás textos discutidos en este artículo, “Sugestión y psicoanálisis” (1912) puede ser leído en el contexto del diálogo de Ferenczi con Freud. Su tema principal toca implícitamente el asombro de Ferenczi con la descripción de Freud de cómo la sugestión, en contraste con el psicoanálisis, “reduce a las personas precisamente al nivel de un niño indefenso incapaz de contradecir o de tener un pensamiento independiente” (p. 56), mientras que en los respectivos triángulos románticos estos son refractados -en el relato de Ferenczi sobre el conflicto de la heroína de Ibsen- quien “siempre se atormenta a sí misma con la idea de que no ama a su esposo”, que resulta ser médico, y que “su corazón todavía pertenece al aventurero” venido del mar (pág. 59). Al final, ella se libera de su cavilación obsesiva cuando el marinero aventurero regresa y su esposo asegura el corazón de su esposa al permitirle magnánimamente elegir libremente entre ellos.
- 2.- Escribiéndole a Freud el 17 de octubre de 1916, Ferenczi le informa que él y Gizella “habían dado un paseo por la misma zona que había sido escenario de nuestra unión en 1900” (Freud y Ferenczi, 1914-1919, p. 141; ver Berman, 2004, pág. 493).
- 3.- En los escritos publicados de Ferenczi, la expresión más clara de su conflicto erótico, y de su enredo con su inminente análisis con Freud (ver Falzeder, 1997), se encuentra en la historia autobiográfica disfrazada de “El sueño del pesario oclusivo” (1915a), cuyo manuscrito le envió a Freud el 8 de septiembre de 1914. Hablando con la voz del analista a un paciente que es en realidad el mismo, Ferenczi interpreta el sueño en cuestión como derivado del momento “en que te sentiste atraído por ninguna otra mujer que no fuera tu madre”; su división entre las figuras de la madre y la hija es representada como una elección entre “la mujer con una demasiado ancha y la novia con una demasiada estrecha vagina” (p. 309).
- 4.- Rosenberg (1978) se refiere a la heroína de Ibsen, Rebekka West, usando Rebecca, la versión que se encuentra en la versión en inglés de las obras de Freud (1916a), aunque en el original alemán Freud usa el nombre Rebekka (Freud, 1916b). Seguiré a Ibsen y Freud, en su uso original. Groddeck (1910) también se refiere a ella como Rebekka West.
- 5.- Sobre “morir juntos”, simultáneamente tanto como gratificación y como castigo, por los deseos incestuosos, véase Jones (1911).
- 6.- Véase, sin embargo, la posdata de este artículo, donde examino el desafío planteado por Georg Groddeck a la interpretación de Rosmersholm por parte de Freud.
- 7.- En mi artículo complementario (Rudnytsky, 2012) sobre los determinantes infantiles de la aventura de Freud con Minna Bernays, he citado el caso de Fräulein Elisabeth von R. en el curso de rastrear una secuencia de alusiones literarias veladas a esta relación en los escritos de Freud entre 1895 y 1901.
- 8.- Para una extensa discusión de los “pensamientos infantiles” de Ferenczi sobre Freud y Minna, ver el capítulo 2 de mi *Rescuing Psychoanalysis from Freud* (Rudnytsky, 2011). Como me ha sugerido Peter Swales en una comunicación personal, es probable que durante su viaje a Sicilia en 1910 Ferenczi supiera de Freud sobre su viaje sentimental con Minna.
- 9.- Agradezco a Mark F. Poster por recordarme la presencia del *Rosmersholm* en la correspondencia Freud-Groddeck, y a Galina Hristeva por proporcionarme el texto del ensayo de Groddeck sobre Rebekka West.
- 10.- Groddeck ofrece una interpretación ampliada de Peer Gynt en un ensayo de 1927, en el que va más allá del concepto de Ello para adoptar una noción del yo como una alternativa aún más radical al ego. Sobre la crítica de Groddeck a la comprensión domesticada del “Ello” por parte de Freud, véase mi *Reading Psychoanalysis* (Rudnytsky, 2002, pp. 151–152, pp. 203–204)